

San Pío X, santo providencial de los tiempos modernos

Cuando Pío XII canonizó a San Pío X, el 29 de mayo de 1954, no dejó de llamarle repetidamente, en el discurso de canonización, «*el santo dado por la Providencia a nuestra época*», «*el santo providencial del tiempo presente*», «*el santo providencial de nuestros tiempos*». Y, en efecto, en la persona de San Pío X podemos ver, en orden a la Iglesia, una *triple Providencia de Dios*:

- La Providencia por la que lo saca de una humilde familia de Riese, lo va conduciendo por todos los grados y cargos de la jerarquía, hasta establecerlo en el Sumo Pontificado.
- La Providencia por la cual su acción no se limita al tiempo de su vida, sino que perdura en los tormentosos tiempos posteriores.
- La Providencia por la que el Supremo Magisterio reconoce la acción providencial de José Sarto, de Pío X, y la confirma.

1º Providencia primera.

Podemos verla señalada en las palabras del Introito de la fiesta de San Pío X: «*Ensalcé a mi elegido de entre el pueblo, lo ungué con óleo santo, para que mi mano este siempre con él, y mi brazo lo confirme*».

Es admirable ver cómo Dios va guiando, de manera suave pero certera, a ese humilde hijo de un alguacil, que ni siquiera tiene con qué pagarse los estudios, por todos los grados de la jerarquía: ejemplar *seminarista* entre sus compañeros, luego *vicario* en Tómbolo (9 años), *párroco* de Salzano (9 años), *canónigo* de Treviso, *director espiritual* del seminario de esta misma diócesis, *canciller secretario* del obispo (8 años), *obispo* de Mantua (9 años), *cardenal y patriarca* de Venecia (9 años). Una larga preparación de 45 años de sacerdocio, y de 19 años de vida episcopal, lo ha puesto al corriente de las necesidades de las almas, de la formación sacerdotal, de la Iglesia, de los errores y peligros que la combaten, y de los mejores medios para promover la difusión y defensa de la fe y de la Iglesia.

El cardenal José Sarto tiene 68 años cuando llega al *Sumo Pontificado*, en 1903; y nos recuerda así a otras figuras, como Moisés, llamado por Dios a los 80 años, o como nuestro mismo fundador, Monseñor Lefebvre, llamado a su

principal misión a los 65 años: sólo entonces brilla con todo su esplendor la Providencia divina: • que, teniendo ya prevista la elección de José Sarto como sumo Pontífice, lo hizo pasar por todas las etapas que más tarde le serían útiles para cumplir con eficacia su pontificado; • y que prepara a su instrumento, perfeccionándolo, para poder producir luego, con gran eficacia y en muy poco tiempo, una obra inmensa.

2º Providencia segunda.

Podemos verla en el hecho de que el Supremo Magisterio, por boca del Papa Pío XII, reconoce la misión providencial de San Pío X para la Iglesia de los tiempos modernos, afirmando que la Iglesia ha de continuar tras las huellas de Pío X, y confirmando todo lo hecho por Pío X.

«En Pío X se revela el arcano de la sabia y benigna Providencia, que asiste a la Iglesia, y por medio de ella al mundo en todas las épocas de la historia. ¿Qué iba a significar –nos preguntábamos al principio– el nombre de Pío X? Nos parece verlo ahora claramente. Por su persona y por su obra, Dios quiso preparar a la Iglesia para los nuevos y arduos deberes que los tormentosos tiempos futuros le reservaban. Preparar a tiempo una Iglesia concorde en la doctrina, firme en la disciplina, eficaz en sus pastores; un laicado generoso, un pueblo instruido, una juventud santificada desde los primeros años, una conciencia cristiana atenta a los problemas de la vida social. Si hoy la Iglesia de Dios, lejos de retroceder frente a las fuerzas destructoras de los valores espirituales, sufre, combate y, por la divina virtud, avanza y redime, se debe en gran parte a la acción clarividente y a la santidad de Pío X. Hoy aparece manifiesto cómo todo su pontificado fue sobrenaturalmente dirigido según un designio de amor y de redención, para disponer los ánimos y afrontar nuestras mismas luchas, y para asegurar nuestras victorias y las victorias venideras» (Pío XII, discurso de beatificación de Pío X, 3 de julio de 1951).

Así, pues, el Supremo Magisterio de la Iglesia, haciéndose eco de la entonces universal veneración a Pío X, no por coacción alguna ni entre regañadientes, sino con todo el entusiasmo e iniciativa de Pío XII, en actos solemnísimos, cuales son los de la beatificación y canonización, proclama que San Pío X tuvo la misión de apuntalar la Iglesia para los tiempos venideros, que serían tormentosos, de modo que en esos momentos habrá que referirse a su obra para asegurar la victoria de la Iglesia. Nada más alentador que poder apoyarse de este modo en el Supremo Magisterio, para llevar a cabo, asegurados por la Roma eterna, la lucha contra el pseudo-magisterio conciliar, contra la Roma neomodernista.

3º Providencia tercera.

Se la puede ver en el Evangelio de la fiesta de San Pío X, que nos recuerda el triple acto de amor de San Pedro: *«Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?... Apacienta mis corderos..., apacienta mis ovejas..., apacienta mis ovejas»*; pues a tres actos principales de fidelidad resume Pío XII, en el discurso de canoniza-

ción, la acción providencial y la misión posterior de Pío X, retomando lo ya dicho en el discurso de beatificación: preparar a tiempo una Iglesia: • firme en la disciplina, • concorde en la doctrina, • eficaz y santa en los pastores.

1º Firmeza en la disciplina (primer «apacienta mis corderos»). San Pío X, para realizar su programa de *instaurar todo en Cristo*, de volver a llevar todo a la unidad en Cristo, se dio cuenta de que el gran medio era la Iglesia. A esta Iglesia quiso en concreto hacer más apta y más dispuesta para llevar los hombres a Cristo, pero no modificándola en su definición, en sus estructuras, en sus medios, sino renovando el cuerpo de las leyes eclesásticas, para conferir así al entero organismo de la Iglesia un funcionamiento más regular y mayor seguridad y agilidad de movimientos, según lo que requerían las condiciones del mundo moderno.

«San Pío X—prosigue Pío XII— es el santo providencial del tiempo presente, en primer lugar, por el código de derecho canónico, que continuará siendo su obra personal (aunque no fuese promulgado sino por su sucesor) y el gran monumento de su pontificado: en él la Iglesia queda como apuntalada en su noción misma, en sus estructuras divinas y humanas, en sus medios de acción y de apostolado, en sus derechos.

Al referirnos, pues, en los tiempos turbulentos actuales, al derecho codificado por San Pío X, estamos seguros de encontrar toda la sabiduría y la prudencia de la Iglesia, todo lo que la tradición de los apóstoles, de los pontífices, de los concilios, pudieron legislar de mejor en orden a defender y propagar la santa Iglesia de Dios».

2º Concordia en la doctrina (segundo «apacienta mis ovejas»). El segundo motivo por el cual Pío XII llama a San Pío X «campeón invicto de la Iglesia» y «santo providencial de nuestros tiempos» es por su segunda empresa: *la defensa del tesoro inestimable de la unidad de la Iglesia en su fundamento íntimo: la fe.* En la lucidez y firmeza (que no conoció titubeo alguno) con la cual Pío X dirigió la lucha victoriosa contra los errores del modernismo, ve Pío XII la realización literal de las palabras del Señor a San Pedro: «Yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca; y tú confirma a tus hermanos» (Lc. 22 32).

«Justo es —concluye Pío XII— que la Iglesia invoque hoy la intercesión de este santo Papa, para que aleje de ella otras batallas semejantes». Nosotros, por nuestra parte, vemos cómo Pío XII entrevió con claridad la necesidad de ensalzar a San Pío X en esta obra doctrinal, como entreviendo las luchas que estos mismos errores refutados y condenados por San Pío X volverían a presentar a la Iglesia. A la enseñanza, pues, y a la fidelidad de San Pío X, podemos y debemos acudir —nos dice el Supremo Magisterio— para asegurar la victoria.

3º Eficacia y santidad en los pastores (tercer «apacienta mis ovejas»). San Pío X, nos enseña Pío XII, vivió siempre, como humilde párroco, como obispo, como Pontífice Supremo, orientado a la *búsqueda de la santidad sacerdotal.* Ahora bien, ¿cuál es la santidad que conviene al sacerdote, al representante del sumo y eterno sacerdote, Jesucristo, sino *la que está fundada en la Santa Misa, en la perpetua renovación del sacrificio de la Cruz?* Por eso, toda la vida de San

Pío X –sigue diciendo Pío XII– se compendia en su vivir el misterio de la Sagrada Eucaristía.

«En la profunda visión que poseía de la Iglesia como sociedad, Pío X conoció el poder que tiene la Eucaristía para alimentar su vida íntima y elevarla por encima de cualquier otra asociación humana... ¡Ejemplo providencial para el día de hoy, en el que la sociedad terrena busca con ansia una solución sobre cómo volverse a dar un alma! Que ese mundo vuelva en torno a sus altares... Sólo en la Iglesia, parece repetir el Sumo Pontífice, y por la Iglesia en la Eucaristía, que es “vida escondida con Cristo en Dios”, se encuentra el secreto y la fuente de renovación de la vida social».

Y concluye Pío XII inculcando a los ministros del altar la grave responsabilidad que tienen de vivir profundamente del misterio eucarístico, de hacerse luego promotores y distribuidores de la Eucaristía.

Conclusión.

Dentro de esa tercera Providencia parece incluirse el que nuestro venerado fundador, Monseñor Marcel Lefebvre, nos diera como Patrono de Fraternidad a San Pío X. En efecto, a nuestra Congregación parece incumbirle, en los tiempos actuales, la tarea de asegurar la continuidad de la obra providencial de San Pío X, apoyándonos en sus directivas y fiados en el juicio que sobre ellas emitió el Magisterio Supremo de la Iglesia. De hecho, y guardando siempre las debidas proporciones, podríamos establecer un *notable paralelo entre San Pío X y Monseñor Lefebvre:*

- *También a él una primera Providencia lo exaltó de entre los suyos, conduciéndolo progresivamente a través de todos los cargos, desde humilde vicario hasta arzobispo, que más tarde le serían útiles para llevar a cabo su obra de defensa del sacerdocio y de la Santa Misa.*
- *También él, por una admirable identificación de almas, nos impuso el mismo ideal, las mismas metas que, a decir del Papa Pío XII, fueron las de San Pío X: santidad sacerdotal centrada y procedente de la Santa Misa; defensa de la fe católica, que esta Misa compendia; defensa de los derechos de la Iglesia, que por esta Misa se perpetúa para santificar a las almas.*
- *Sólo faltaría la tercera Providencia, por la cual la Iglesia reconozca lo providencial de su persona y de su obra; pero eso vendrá ciertamente, si Dios así lo juzga, y si es necesario para el bien de la Iglesia y de las almas.*

Mientras tanto pidamos a nuestro santo Patrono la gracia de mantenernos en la fidelidad a las directivas que él dio, y de imitar sus santos ejemplos, para que alcancemos, por su poderosa intercesión: • nuestra santidad personal, • el fervor y fecundidad de nuestra obra, • la salvación de las almas que el Señor nos confía, • y la recompensa eterna del cielo.